

asesinato de Eglón por Aod, cuando éste cogió la espada del muslo de aquél «y se la metió en el vientre; también la empuñadura entró con el filo, y la grasa certó la cuchilla en torno, por lo que él no pudo extraer la espada; la del voto terrible de Sephté y el llanto que hacen las doncellas de Israel sobre la muerte de su hija; el secreto de la fuerza de Sansón; la historia trágica de Abimelech; el delicado apólogo de Joathán, la más antigua pieza literaria de este género, anterior en varios siglos a las fábulas de Esopo, y sobre todo, el antiguo cántico de Debora, «la

madre de Israel», que juzgaba al pueblo, sentado bajo la palmera. Es una de las fuerzas más vibrantes de la primitiva poesía hebrea, emaltada de imágenes, encendida en fervor religioso, inspirado por un lirismo exaltado e impetuoso:

*Señor, cuando salías de Seir,
y pasabas por las regiones de Edom,
tembló la tierra, cielos y nubes se disolvieron
[en agua;
los montes vacilaron delante de Ti,
y el Sinaí se estremeció en presencia de Yahvé.*

Domingo de Ramos



Se abre con este Domingo de Ramos, jubiloso y radiante de palmas y exaltaciones, la gran Hebdómada de la Pasión del Señor. Es el día de los grandes contrastes y de los sentimientos trágicos en la vida adorable del Maestro. Y es, a la vez, una demostración perenne, para todos los tiempos y meridianos, de hasta a qué extremos y servidumbres puede llegar la versatilidad humana.

Este episodio memorable de la vida de Jesucristo, nos habla harto elocuentemente de lo que es la psicología de las muchedumbres ebrias, dadas al clamoreo y al alborozo del momento fáustico, cuando son arrebatadas como una manera incontinida por la ráfaga del entusiasmo o del odio. La muchedumbre, la masa cósmica, cuando procede en tromba, fué siempre igual. Se mueve en oscilaciones pendulares, y hoy exalta y vitorea lo que mañana va a escarnecer y traicionar. La embriaguez de todos los vítores colectivos, des-

de el ejemplo clásico y eterno de este Domingo de Ramos del Señor, ha solido convertirse, a todo lo largo de la Historia, en desbordamiento de iras e imprecaciones.

Aquella muchedumbre que, en los días de sementera evangélica, seguía recatadamente a Cristo, imantada por la gracia de su misericordia y por la suave violencia de su bondad, pasará bruscamente de la gratitud emocionada y del júbilo clamoroso, como el estruendo de muchas aguas, a la irritación enloquecida y a la demencia agresiva, porque se dejó seducir por la voz siniestra y cautelosa del fariseo y del escriba, que sembró la cizaña abundante en la tierra fertilizada por el Señor. Pero la muchedumbre, al fin masa, rebaño, entonces, como siempre, da al olvido fácil los motivos de gratitud, las palabras radiantes y apacibles del Maestro para dejarse invadir por la tiniebla de la perfidia, de la desconfianza, del desamor.

Este episodio eterno de la vida de Aquél,